

José Manuel Molina Ruiz y David Subirons Vallellano

# LA VIDA ESPIRITUAL

La Página de la Vida

Serie Blanca nº 7

Barcelona

Septiembre de 2.005

La colección “Serie Blanca” forma parte de las publicaciones de la ONG La Página de la Vida.

Estas obras se han realizado para ayudar a todas las personas que quieren despertar del sueño de la ignorancia y salir, por sus propios medios, de la confusión y del sufrimiento.

Podrás acceder a otros libros, cuadernos y recursos, conocer sobre los autores y contactar con ellos desde la dirección de Internet

[www.proyectopv.org](http://www.proyectopv.org)

Ni los autores ni La página de la Vida tienen ningún fin lucrativo. Los beneficios económicos que se obtengan por esta obra, y por las futuras, serán siempre empleados con fines humanitarios.

Estas obras no son un trabajo personalista, ninguno de los dos autores se considera artífice de los conocimientos que ellas encierran. Su labor ha consistido en reunir y desarrollar unas enseñanzas que son patrimonio de la humanidad.

Detrás de nuestros trabajos no hay ninguna religión o doctrina. Todo el saber que se encuentra en estas páginas es el resultado de la reflexión, la constancia y el sacrificio de muchas personas que han vivido a lo largo de todos los tiempos. A ellas queremos agradecer los fundamentos indispensables que nos han permitido realizar unas obras largamente maduras.

A pesar de que, por diferentes motivos, todas las obras están inscritas en el registro de la propiedad intelectual, éstas son un bien heredado que no pertenece a ninguna organización, hermandad o secta, y deben estar siempre disponibles para toda persona que las necesite. Por ello, la reproducción total o parcial de este cuaderno está autorizada haciendo la mención:

“ Cuadernos de La Página de la Vida, [www.proyectopv.org](http://www.proyectopv.org) ”

1ª Edición: Septiembre de 2005

## Índice.

	<u>Págs.</u>
Prólogo .....	9
Introducción .....	7
1. La autoridad .....	9
2. Las creencias .....	11
3. Sectas y religiones .....	15
4. El teatro espiritual .....	21
5. El trabajo espiritual .....	29
6. La alegría .....	35
7. Vivir en la Luz .....	39



## **Prólogo.**

Creemos, equivocadamente, que aquello de lo que somos conscientes, lo que vemos, es la verdad. No nos damos cuenta que siempre hay más en la Vida de lo que somos capaces de ver y que la Verdad no siempre es visible, pero siempre nos acompaña.

Con esta obra intentamos ofrecerte la enseñanza fundamental que permite al ser humano despertar del sueño de su ignorancia y salir, por sus propios medios, del estado de desorden, confusión, conflicto y sufrimiento. No debes leerla de cualquier manera ni en cualquier situación, sino que debes crear un espacio de serenidad, elegir el momento y lugar apropiados, prepararte para poder leer con todos los sentidos, con el alma, y comprender lo mejor posible lo que se te quiere comunicar.

Esta obra tampoco ha sido concebida para ser leída de seguido. El conocimiento que contienen sus páginas debe ser asimilado y esto, normalmente, sólo sucede reflexionando y meditando profundamente sobre sus textos. Si crees conveniente puedes trabajar sobre el texto, realizar breves resúmenes y entresacar esas frases que te iluminan y te llenan de luz para llevarlas a lo largo del día en tu corazón.

Aunque al principio no alcances a percibir y comprender todo el significado que encierran las palabras, la reflexión siembra una semilla, y el sentido de estas palabras echa raíces, no sólo en el nivel superficial del intelecto, sino a través de todo el inconsciente y del sentimiento.

El lenguaje verbal es limitado, imperfecto e impreciso. La realidad no puede ser expresada a través del lenguaje, y cuando se hace se falta siempre a la verdad. Es imposible transmitir la verdad, o recibirla, a través del lenguaje, del pensamiento o de la mente, pues la verdad no puede confinarse a semejante estrechez. En este sentido, un buen ejemplo se encuentra en el color que se recibe a través de los ojos. Cada longitud de onda de la luz es un color distinto, por lo que el número de colores es realmente infinito, pero el número de nombres que se aplican a los colores no lo es.

Ninguna vivencia puede traducirse a palabras, por ello, intentando no crear confusión, desde un principio queremos dejar claro el sentido que le damos a algunas palabras. El término “Dios” está impregnado de multitud de emociones y de sentimientos, pero es la palabra que encontramos más

apropiada para referirnos a Él. Cuando escribimos la palabra Dios nos referimos con ella al Padre, a la Verdad, a la Luz, al Ser de Luz, a la Consciencia Universal, a la Unidad, a lo Otro y, por qué no, nos referimos también al nombre que cada uno elige para designarle.

La intención de estos escritos no es ofrecer un texto doctrinal incuestionable, tampoco pretenden realizar una descripción exhaustiva de la realidad. Sencillamente están pensados para establecer unas bases abiertas a la reflexión, la crítica y el debate. Cada uno de los temas que se tratan son, en realidad, mucho más amplios, tienen más matices y repercuten de muy diversas maneras en las personas y en la humanidad. Por ello se debe reflexionar y meditar sobre sus palabras muy cuidadosamente y no tratarlos a la ligera.

Aquí no te presentamos ninguna nueva teoría o dogma que deba convertirse en una creencia, esto sería terrible. El ser humano debe obrar a partir de hechos, desde su verdad, y no a partir de creencias o ideales. Cuando entran en juego las creencias aparecen la ignorancia, la fantasía y el dolor. Lo que para una persona son hechos, para otra no tiene por que ser una creencia sino, sencillamente, una posibilidad. Estos textos describen las cosas como son y, aunque para algunas personas estas perspectivas de la verdad sean por lo pronto una posibilidad, se pueden y se deben comprobar. Porque esta obra no está pensada para seres profundamente desarrollados, sino que está concebida para todos aquellos que se inician en el sendero espiritual, para ayudar a aquellas personas que viven para ser conscientes y obrar adecuadamente.

## **Introducción.**

Toda la humanidad está llamada a vivir espiritualmente. Esta es una necesidad imperiosa similar a la que tienen los animales, que para subsistir deben obrar según la especie a la que pertenecen y el medio en el que se encuentran. El rebaño humano, al igual que los animales, vive para subsistir. Pero el ser humano debe ser consciente y obrar adecuadamente para Vivir, para realizar su plena existencia humana, para separarse del rebaño, pues sólo así se inserta en el inmenso movimiento evolutivo de la Vida.

Muchas personas se dicen espirituales cuando en verdad no saben en qué consiste la espiritualidad, aunque puede que no les falte, ciertamente, buena voluntad. Muy posiblemente se encuentren aprisionados por el corsé de doctrinas y la influencia de individuos sectarios, y sientan en su interior que hay algo en sus vidas que no va bien y que su buena voluntad no es suficiente para remediarlo. Es necesario que sepamos lo que realmente es la espiritualidad, porque una espiritualidad mal entendida nos extravía y resulta nefasta para la humanidad.

La espiritualidad consiste en ser conscientes y obrar adecuadamente en todas las situaciones que la Vida ofrece. Sólo de la auténtica espiritualidad renace la virtud, la verdadera virtud que no es cultivada por una mente dominada por el ego. Es preciso ser muy cuidadosos y conocer la verdadera intención que subyace detrás del deseo de ser espirituales y de utilizar las herramientas espirituales, porque siempre se encuentra aquí la presencia del ego.

La espiritualidad no busca gozar o disfrutar el placer de determinadas experiencias, ni busca encontrar, desarrollar, cultivar o lograr nada, ni dentro ni fuera de uno mismo. Es cierto que la vida espiritual es la mayor aventura en la que una persona se puede embarcar y que supone un desarrollo integral. Sin embargo, en el momento en que se desea alguna cosa, como alcanzar o experimentar algo, se pierde la esencia misma de la espiritualidad. Tampoco pueden existir reglas, leyes ni doctrinas morales o espirituales, pues lo que es adecuado en una situación puede ser inadecuado en otra y lo que es hoy verdad mañana puede faltar a ella. La espiritualidad “sólo” requiere ser conscientes, aquí y ahora, y obrar adecuadamente.

Debido a la ignorancia se piensa que la vida espiritual debe ser un bien exclusivo de personas especiales y que su práctica se basa en hechos y en

experiencias extraordinarias. Se cree que la espiritualidad es algo así como descubrir la “gran ola” que siempre esperan los surfistas. Nada más lejos de la verdad, todos estamos llamados a ser espirituales y a vivir la auténtica vida espiritual. La espiritualidad, con su aroma de delicadeza y de sensibilidad, se encuentra muy cerca de todos, en el vivir cotidiano y, para comenzar a vivirla, no se tiene que hacer otra cosa que... lo evidente.

Y es que lo extraordinario se encuentra en el camino de las personas comunes.



## 1. La autoridad.

Nadie puede ser espiritual mediante la autoridad. Ninguna autoridad, ni aquí ni en el más allá, puede hacer que seamos espirituales ni puede darnos el conocimiento de nosotros mismos. Y sin ese conocimiento propio no es posible obrar adecuadamente. Lo apropiado no puede existir cuando hay aceptación de una autoridad.

Es imposible para la mente que ha sido tan condicionada –educada en innumerables sectas, religiones, y en toda clase de supersticiones y temores– romper consigo misma y, de esta forma, dar origen a una mente nueva. La mente vieja es, en esencia, la mente que se halla atada por la autoridad. Existe la autoridad de la ley que la humanidad ha recopilado durante muchos siglos, existe la ley de las reacciones mezquinas que dominan nuestras vidas. También existen las leyes de las instituciones, de las creencias organizadas a las que se da el nombre de dogmas o religiones. Aquí no utilizamos la palabra autoridad en el sentido legalista, sino que entendemos esa palabra como tradición, conocimiento, experiencia, la autoridad como medio de encontrar seguridad y de permanecer en esa seguridad, externa e internamente. Después de todo, eso es lo que la mente está buscando siempre, un lugar donde pueda sentirse segura, donde no se la perturbe. Esta autoridad puede ser la autoridad de una idea autoimpuesta o la así llamada idea religiosa de Dios, la cual no tiene realidad alguna para la persona verdaderamente espiritual. Una idea no es un hecho, es una ficción. La idea de Dios es una ficción; podemos creer en ella, pero sigue siendo una ficción. Para encontrar al Ser de Luz, a la verdad o a lo Otro, es preciso destruir por completo la ficción, porque la vieja mente es la mente temerosa, ambiciosa, la que tiene miedo de la muerte, del vivir y de la relación. Consciente o inconscientemente está siempre buscando permanencia y seguridad.

No obstante, preferimos la autoridad a la percepción atenta de la vida porque vivir espiritualmente requiere trabajo, vivir atentos y conscientes, ser consciente y obrar adecuadamente es arduo. Y como casi todos preferimos vivir cómodamente nos sometemos a la autoridad para que moldee nuestra vida y nos fije pautas. Puede ser la autoridad de lo colectivo, del Estado, o puede ser la autoridad personal, del maestro, del salvador o del gurú. La autoridad, de cualquier clase que sea, nos ciega, engendra irreflexión. La autoridad otorga poder, y el poder se centraliza siempre y, por eso, corrompe por completo. Pero no sólo deprava a la persona que lo ejerce, sino también a quien la sigue. La autoridad del conocimiento y de la experiencia pervierte,

tanto si le ha sido conferida al “maestro”, a su representante o al sacerdote. Lo importante es ser consciente y obrar adecuadamente en la propia vida de cada uno, en ese conflicto aparentemente interminable, y no el modelo o el líder. La autoridad del Maestro y del sacerdote nos separa de la cuestión fundamental, que es el conflicto de nuestras vidas.

Ser libres de la autoridad quiere decir que somos libres del temor, de tener que seguir e imitar a nadie. Seguir un ideal o a una persona es algo mecánico. Al fin y al cabo ni la moral ni la virtud son una repetición de lo bueno. En el momento en que la moral o la virtud se vuelven mecánicas dejan de ser moral o virtud. La moral y la virtud tienen que existir de instante en instante, de modo que deben estar libres de la autoridad. La ética social no es moral, en absoluto. Es inmoral porque admite la competencia, la codicia, la ambición, y la ambición es siempre antihumana, siempre destruye la relación.

Por lo tanto, la sociedad alienta la inmoralidad. La moral y la virtud trascienden a la ética. Sin moral ni virtud no hay orden, y el orden no debe ser conforme a un patrón, a una fórmula. La persona que sigue una fórmula, disciplinándose para alcanzar una moral y una virtud, es ignorante y estúpida, no obra adecuadamente y origina para sí misma problemas de inmoralidad.

Una autoridad externa que la mente proyecta como Dios, como moral, etc. es destructiva. Todos nos sometemos a nuestra propia autoridad, que se manifiesta como experiencia, como conocimiento erudito, y tratamos de seguirla. Existe esta constante repetición, esta constante imitación que todos conocemos, esa autoridad psicológica, que todos tenemos en nosotros mismos y se parece al policía que cuida del orden, destruye la virtud, pues la virtud es algo vivo y en movimiento.

Quien desea transformarse en algo cultivando la virtud no es más que un ignorante egoísta. Ni la virtud ni el amor pueden ser cultivados, y en ello hay una gran belleza. La virtud jamás es mecánica, y sin virtud no hay espiritualidad. Una persona espiritual es virtuosa porque ve lo que es y obra adecuadamente. Por esto la virtud no puede ser imitada ni alcanzada por el esfuerzo. Sin ella no hay orden, y con el desorden surge el malhechor y llegan a ser necesarios el ejército y la policía.

Mientras haya autoridad hay conflicto, el cambio es impuesto y no surge por la comprensión. No podremos ver el contenido íntegro de nuestra alma mientras realicemos algún esfuerzo por cambiarlo. No podemos ver la verdad y obrar adecuadamente si no dedicamos a ello toda nuestra vida.

## 2. Las creencias.

Podemos ver como las creencias políticas, religiosas, nacionales, y todo tipo de diversas creencias separan, de hecho, a los seres humanos, generan conflicto, confusión y antagonismo. Las creencias crean intolerancia y nos separan.

Cada dogma, cada creencia, tiene una serie de rituales, de compulsiones que nos atan y aíslan. De modo que comenzamos una búsqueda para averiguar qué es lo verdadero, cuál es el significado de toda la desdicha, de toda esta lucha y dolor, y pronto quedamos atrapados en creencias, rituales y teorías.

Los corazones de las personas que son idealistas, de los que tienen creencias, carecen de amor y de pureza, y sólo un corazón puro puede dar con la realidad, comunicarse con la persona que tiene delante. El idealista es un imitador de su ideal, por lo tanto no puede conocer el amor. No puede ser generoso, entregarse completamente sin pensar en sí mismo y en su ideal. Lo importante para él o ella no es la situación y la persona que tienen ante sí, sino su propio ideal, él mismo es lo importante para sí.

Todo aquél que desea fusionarse con algo más grande, unirse con otra cosa u otra persona, está eludiendo la desdicha y la confusión. Su mente sigue funcionando en la separación, la cual es desintegración.

Nos damos cuenta de que la vida es desagradable, dolorosa y triste. Por eso deseamos alguna doctrina que explique todo esto y nos satisfaga. Y de esta manera quedamos atrapados en explicaciones, palabras, teorías, y gradualmente las creencias echan raíces muy profundas y se vuelven inmovibles, porque detrás de esas creencias, de esos dogmas, está nuestro miedo constante a lo desconocido.

Estamos confundidos y pensamos que mediante la creencia aclararemos la confusión. Superponemos la creencia a la confusión y esperamos que con eso la confusión se despejará. Pero la creencia es sólo un modo de escapar de la confusión y no nos ayudará a afrontar y a comprender el hecho de nuestro infortunio y confusión.

Sin embargo, jamás miramos al miedo y a la confusión a la cara, sino que le volvemos la espalda. Cuanto más fuerte son las creencias, más fuertes los

dogmas. Y cuando examinamos estas creencias -la cristiana, la hindú, la budista, etc.- encontramos que dividen a las personas y generan sufrimiento.

La creencia en Dios, en algo más allá, no es religión. Toda creencia es corrupción, porque detrás de la creencia y la moralidad se esconde la mente, el ego. Y con la creencia el ego se vuelve cada vez más grande, más poderoso y más fuerte.

Pensamos que la creencia en Dios, la creencia en algo, es religión, que creer es religioso. Si no creemos se nos considera ateos. Una sociedad condenará a los que creen en Dios y otra sociedad condenará a los que no creen. Pero ambas condenas son la misma cosa. Así pues, la religión se convierte en una cuestión de creencia, y la creencia actúa y ejerce su influencia sobre la mente. De este modo la mente jamás puede ser libre. Mas sólo en libertad podemos descubrir qué es lo verdadero, qué es Dios. No podemos descubrir a Dios o a lo verdadero mediante ninguna creencia, porque nuestra misma creencia proyecta lo que pensamos que debe ser Dios, lo que pensamos que debe ser la realidad.

La creencia sólo actúa como una pantalla entre nosotros y nuestros problemas. Por eso la religión, que es una creencia organizada, se convierte en un medio para escapar de lo que es, de la verdad y de la realidad, es un medio para escapar de nuestra confusión. Quien cree en Dios, el que cree en el más allá, o el que tiene alguna otra forma de creencia, está escapando de un hecho, del hecho de lo que él es.

Una mente que escapa de los hechos de la relación jamás encontrará a Dios, ni una mente agitada por las creencias puede conocer la verdad. Sólo puede ser espiritual la persona que comprende su relación con la propiedad, con los demás, con las ideas, que ha dejado de luchar con los problemas que genera la relación y para quien la solución no es el retiro, sino ser consciente, amar y obrar adecuadamente.

Las personas que viven espiritualmente no necesitan las creencias. No necesitamos "creer" que existe la puesta de sol, que existen las montañas o los ríos. Tampoco necesitamos "creer" que reñimos con nuestras esposas. No se requiere "creer" que la vida es una desdicha terrible con su angustia, con su conflicto, con su constante ambición, pues todo esto es un hecho. No obstante, necesitamos una creencia cuando queremos escapar de un hecho hacia una irrealidad.

Cuántos hay que creen en Dios, que van a sus iglesias y practican ritos y oraciones, y que en su vida cotidiana son dominadoras, crueles, ambiciosas,

tramposas, deshonestas. A esas mismas personas se las considera respetables, pero ninguno de ellos encontrará a Dios. A Dios no se le puede encontrar mediante la repetición de palabras, mediante ritos, mediante la creencia. Mientras no comprendamos la relación con nuestro prójimo, con la sociedad, con nuestra esposa y nuestros hijos, tiene que haber confusión. Y la mente confundida, haga lo que hiciere, sólo creará más confusión, más problemas y conflictos.

Es posible vivir en este mundo y no tener ninguna creencia. No planteamos cambiar de creencias, sustituir una creencia por otra, sino estar enteramente libre de creencias, a fin de que nos podamos enfrentar a la vida de un modo nuevo a cada instante. Después de todo, sólo así puede surgir la verdad, siendo capaces de afrontarlo todo de una manera nueva, de instante en instante, sin la reacción condicionadora del pasado, de forma que no exista el efecto acumulativo de la memoria y del conocimiento que actúan como una barrera entre nosotros mismos y lo que es.

Saber si es posible vivir sin creencias sólo podemos descubrirlo si somos capaces de estudiarnos a nosotros mismos en relación con nuestras creencias.



### **3. Sectas y religiones.**

El hecho religioso es una parte muy importante de la historia humana. En todas sus épocas y culturas aparece una actividad, diferente de la actividad ordinaria, mezclada generalmente con elementos "mágicos". El hecho religioso contiene una enorme variedad de formas, que toma según las diferentes épocas, culturas y situaciones en que se desarrolla. A pesar de esto, contiene también una incuestionable unidad que nos permite identificar fenómenos aparentemente muy diferentes, como por ejemplo en la religiosidad del primitivo y en las complejas manifestaciones sectarias actuales.

Es preciso comprender aquello que mueve a las personas, y que las ha movido a lo largo de toda la historia, al acto religioso, y ver claramente si este movimiento es espiritual o pertenece es simplemente un error grave.

El ser humano busca refugio en las doctrinas por ignorancia, miedo y confusión. Muchas veces lo hace justo cuando la angustia le ahoga. Deja entonces de lado el verdadero trabajo que tiene encomendado en su vida, que es vivir espiritualmente, el conocerse a sí mismo, ver las causas de las circunstancias en su vida y obrar adecuadamente en ella. Entonces se desvaloriza a sus propios ojos, y deja su trabajo en manos de Dios.

Hoy, como ayer, existen numerosas sectas porque existen numerosos individuos dispuestos a transformar en realidades absolutas lo que no son más que deseos y esperanzas ignorantes. Ciegos a la razón se dirigen únicamente por las emociones. Es un hecho indudable que cuanto más limitado se encuentra el ser humano por su naturaleza animal de manera más sectaria se comporta. Toda su historia cuenta el interminable relato de las guerras entre sectas por alcanzar el poder e imponer su doctrina.

Todo grupo de individuos que se denomine a sí mismo espiritual o religioso forma una secta. Cruzadas, guerras santas, inquisición, represión, crueldad, terror... Cuánto horror en nombre de Dios. Debemos entender que es imposible crear una serie de ideales y de creencias, que siempre llevan a barreras psicológicas y físicas, y desde allí "vivir", "amar" o realizar una auténtica labor. Lo que significa la pertenencia a estos grupos es algo que únicamente pueden ver las personas que ejercen un mínimo de inteligencia y tienen el valor y la fortaleza necesarios para ver la verdad de las cosas.

Las sectas, que son todos los grupos organizados que tienen un objetivo “espiritual”, por la fuerza de su propia naturaleza, por el poder que entregan a los ideales y a las doctrinas que las sustentan, establecen y mantienen una actitud hostil y de enfrentamiento con el resto de la humanidad, especialmente hacia otras corrientes de pensamiento. Las doctrinas son *standard*, inamovibles, siempre muy limitadas y llevan al fanatismo, a la violencia, a la guerra, y al dolor.

En las sectas siempre hay quienes se aprovechan de su actividad, y los lugares en donde se reúnen se impregna de una característica que les es propia y que intenta atar la consciencia de los que allí se congregan. La liturgia que realizan es un teatro, y resulta sorprendente conocer lo que piensan, lo que sienten y lo que desean los individuos que participan en esas reuniones. Es cierto que ciertos actos, con una ceremonia establecida pueden ser necesarios para el desarrollo del trabajo espiritual, pero estos actos necesitan un conocimiento y unas condiciones interiores determinadas que no alcanza el ser humano sin evolucionar.

En estos grupos existe una búsqueda de “Dios” egoísta y cruel. Buscan a Dios cuando en verdad sólo desean placeres. Se vuelven tanto más radicales y violentos cuanto mayor es el grado de fanatismo de sus miembros y, casi todos, se caracterizan por un desmesurado afán de proselitismo. La secta es inseparable del fanatismo y del proselitismo. La mente del ser humano es perfectamente permeable a determinadas influencias. Si una mente en muy poderosa puede influir sobre otras más débiles y modificarlas. En la vida existe una circulación de influencias síquicas que pueden alterar las formas de pensamiento y las ideologías de las personas.

Una creencia es más o menos fuerte dependiendo de la intensidad de la fe que el individuo tiene en ella. En la mayoría de los seres humanos, el despertar de las facultades intelectuales va planteando interrogantes que minan de dudas sus convicciones anteriores. La energía psíquica que sirve de propulsión a todo pensamiento, se escapa, en este caso, por los agujeros de la duda y llega con escasa fuerza a otras mentes.

Sin embargo, el caso del fanático es distinto. Este aún no tiene despiertas sus facultades intelectuales y carece de todo discernimiento. Ha "aceptado" una verdad y, puesto que carece de dudas, la proyecta con toda su energía, causando una impresión considerable en otras mentes, particularmente en aquellas de características similares a la suya, que se limitan a aceptar la nueva "verdad" y se convierten pronto en transmisores de ella. Esta es la razón por la que el fanático resulta un proselitista eficaz, y esto explica también el rápido crecimiento de las sectas más dogmáticas y radicales.



Cuando se producen contribuciones al conocimiento por parte de personas con convicciones religiosas, normalmente suceden a pesar de la doctrina que profesan y, muchas veces, lo tienen que pagar caro. A las sectas y a sus doctrinas profesadas no les interesa el conocimiento de la verdad, sino solamente aquello que les permite justificar el dogma de sus creencias para poder perpetuarse. En un nivel más personal, los seres humanos nos afirmamos convenciendo a los demás de nuestras ideas, porque estamos convencidos que cuantos más seamos nuestra verdad será más verdad. Si el conocimiento presentado se adecua a nuestros intereses los aceptamos y los apoyamos. Si no, los repudiamos y excomulgamos, torturamos y separamos a los responsables, cuando no los exterminamos. La religión, las sectas, las creencias y las doctrinas son únicamente una historia de intereses y de intransigencia.

Al fin y al cabo, la diferencia entre secta y religión reside únicamente en el número de adeptos. Cualquier doctrina parece que posea mayor verdad cuando está establecida y es mayoritariamente aceptada, pero no olvidemos que todas las grandes “religiones” extendidas en occidente fueron, en su día, grupos de marginados a quienes el tiempo, el pacto, y el proselitismo, entre otros factores, las llevaron al lugar que hoy ocupan. Muchas aún conservan vivo, en parte, el espíritu radical sectario de los primeros tiempos, aunque en la medida en que se ha hecho fuertes y estables han aumentado también su grado de tolerancia y disminuido su radicalidad.

Muchas sectas aconsejan o establecen el celibato. El celibato es bueno, e incluso necesario, cuando una persona se desenvuelve en determinados niveles de conocimiento. No obstante, este conocimiento no se encuentra generalmente al alcance de estos grupos doctrinarios. Esto conduce a quienes siguen estas doctrinas a un punto de confusión y de miedo, y todo lo bueno y adecuado que podrían obrar en sus vidas lo dejan de hacer para obrar lo contrario, la equivocación, el mal, y “desperdician” el tiempo de sus vidas en ello. Muchas de estas personas se complacen morbosamente en el contacto de niños y de jóvenes, cayendo en la pederastia, y todo esto motivado por razones que ni ellos mismos comprenden, pero que son sencillas de explicar cuando se ve la verdad.

Los maestros no existen, nadie puede decir que sea un maestro. La vida es infinita y eterna, y el aprendizaje sobre ella, sobre uno mismo, también lo es. Todos los seres vivos somos aprendices, unos en un grado y otros en otro, y a medida que avanzamos por el camino espiritual, por el camino de la misma vida, vamos viviendo progresivamente la plenitud.

El trabajo espiritual es una labor personal, siempre se debe realizar a partir de las circunstancias concretas de la propia realidad, desde la verdad, pero jamás desde la doctrina o enseñanza general que ofrecen las sectas. Cada persona debe encontrar su propia verdad, no la de otros. Tendrá que transcurrir todavía algún tiempo antes de que la humanidad evolucione y supere las concepciones sectarias. Es necesario que los seres humanos aprendamos a tomar la iniciativa en lo que respecta a ver la verdad, a conocer la propia realidad. Tenemos que aprender a pensar, a sentir y a obrar adecuadamente en las dificultades y entresijos que trae consigo la vida. Sin embargo, no debemos ser esclavos de nada, ni siquiera de un dogma.

No podemos encontrar a Dios dentro de ningún movimiento religioso, creencia, fe o credo. La creencia es una negación de la verdad, la creencia impide ver la verdad. Creer en Dios no es encontrar a Dios, porque en realidad Dios es lo desconocido, y nuestra creencia o no creencia en lo desconocido es una mera proyección de nuestra mente y de nuestro pensamiento y, por lo tanto, no es real.

Los seres humanos creemos porque eso nos brinda satisfacción, consuelo, esperanza y decimos que da sentido a nuestra vida. La creencia tiene en realidad un significado mas bien escaso, porque creemos y explotamos al prójimo, creemos y matamos, creemos en un Dios universal y nos asesinamos entre nosotros. Los seres humanos que dicen que creen en Dios han destruido la mitad del mundo y la otra mitad sufre y padece. A causa de la intolerancia religiosa existen las divisiones entre creyentes y no creyentes, y esto conduce a las guerras de religión.

La creencia en Dios no puede ser un buen incentivo para que el ser humano sea y viva mejor. El único incentivo tiene que ser vivir espiritualmente. Si esperamos algún beneficio significa que no nos interesa vivir espiritualmente, sino que sólo nos interesa beneficio. El interés personal, la búsqueda del beneficio propio, puede ser de muchas y diferentes clases, y por ellos nos enfrentamos violentamente unos con otros. Pero si vivimos juntos, espiritualmente, no porque creamos en Dios, sino porque somos conscientes y obramos adecuadamente, entonces compartiremos enteramente los medios de producción con el fin de producir cosas necesarias para todos. Por falta de inteligencia aceptamos la idea de una superinteligencia a la que llamamos "Dios". Sin embargo, la idea de este "Dios", esta superinteligencia, no va a brindarnos una vida mejor. Lo único que conduce a una vida mejor es la espiritualidad, que es inteligencia, y no puede haber ni espiritualidad ni inteligencia si hay creencias, si hay divisiones de clase, si los medios de producción están en manos de unos pocos, si hay nacionalidades independientes y gobiernos soberanos.

Prácticamente todas las personas creen, y han creído a lo largo de toda la historia, de diferentes maneras, pese a que las creencias carecen de cualquier realidad. La realidad es lo que uno es, lo que hace, lo que piensa, y toda creencia en Dios y todo hecho religioso es una simple evasión de la vida monótona, necia y cruel. Más aún, la creencia divide invariablemente a las personas, ahí están el hindú, el budista, el cristiano, el comunista, el socialista, y así sucesivamente. La idea, la creencia divide, jamás une a las personas. Se pueden llegar a juntar unas cuantas personas con un mismo ideal y formar un grupo, pero ese grupo se opone siempre a otro grupo. Las ideas y las creencias son separadoras, desintegradoras y destructivas. Por lo tanto, la propia creencia en Dios está, de hecho, extendiendo la desdicha por el mundo. Aunque nos haya aportado momentáneamente consuelo, en realidad nos trae más desdicha y destrucción en forma de hambre, guerras, divisiones de clase y acciones despiadadas. Así, pues, nuestra creencia carece totalmente de valor. Si realmente viéramos a Dios, si vivir en Él fuera para nosotros una experiencia real, entonces viviríamos espiritualmente y nuestras obras serían adecuadas.

Dios no es la palabra, la palabra no es la cosa. Para conocer aquello que es inconmensurable, que no pertenece al tiempo, la mente tiene que estar libre del tiempo, lo cual significa que la mente tiene que estar libre de todo pensamiento, de todas las ideas acerca de Dios. En realidad no sabemos nada acerca de Dios o de la Verdad. Todo lo que sabemos son palabras, las experiencias de otros o algunas experiencias más bien vagas. Eso, con seguridad, no es Dios, no es la realidad; eso no está fuera del ámbito del tiempo. Para conocer aquello que está más allá del tiempo debemos comprender el proceso del tiempo, que es el pensamiento, el proceso de llegar a ser algo, la acumulación de conocimientos. Este es todo el pasado de la mente; la mente misma es el pasado, tanto la consciente como la inconsciente. La mente debe estar libre de todo lo conocido, lo cual significa que debe estar por completo en silencio. Sin embargo, la mente que logra el silencio como un resultado, como consecuencia de una acción determinada, de la práctica, de la disciplina, no es una mente silenciosa. La mente forzada, dominada, moldeada, encuadrada y mantenida en silencio, no es una mente serena. La serenidad sólo llega cuando comprendemos el proceso del pensamiento en su totalidad, porque comprender su proceso es darle fin y al cesar el proceso del pensamiento empieza el silencio.

Sólo cuando la mente está en completo silencio, tan sólo entonces puede llegar lo desconocido. Lo desconocido no es algo que la mente pueda experimentar, sólo puede vivirse en el silencio, nada más que en el silencio. Si la mente experimenta algo que no sea en el silencio no hace más que

proyectar sus propios deseos, y una mente así no está en silencio. Mientras la mente no esté en silencio, mientras el pensamiento en cualquier forma, consciente o inconsciente, esté en movimiento, no puede haber silencio. El silencio es la liberación del pasado, de los conocimientos, de los recuerdos; y cuando la mente está silenciosa del todo, inactiva, cuando en ella reina un silencio que no es producto del esfuerzo, sólo entonces lo atemporal, lo eterno, puede surgir. Este estado no es un estado para recordar, porque no hay entidad alguna que recuerde, que experimente.

Por lo tanto, Dios, la verdad, o como queramos llamarle, es algo que se crea de instante en instante, y sólo puede vivirse en un estado de libertad y de espontaneidad, no cuando se disciplina la mente de acuerdo a una norma o un dogma. Dios no es una cosa de la mente, no surge mediante la proyección de uno mismo y sus deseos. Sólo llega cuando se vive espiritualmente y se es verdaderamente virtuoso. Espiritualidad es ver la realidad de la propia verdad y obrar adecuadamente. Eso es virtud, y ver y enfrentarse adecuadamente con el hecho supone entrar en un estado de bienaventuranza. Sólo cuando la mente está dichosa, serena, sin ningún proceso de sí misma, sin la proyección del pensamiento, sólo entonces se manifiesta lo eterno.

El ser humano vive en la insatisfacción, el dolor y la ignorancia y, para huir de ello toma vías de escape en su búsqueda de satisfacción. Con este deseo de placer y rechazo del dolor el ser humano recorre la Tierra entera, buscando y rechazando, intentando la satisfacción de los sentidos con los objetos creados por la mente y la sensualidad.

Como no existe ningún deseo en esta Tierra que satisfaga profunda y verdaderamente, se busca a Dios, la eterna satisfacción. Aquí nace el hecho religioso, ahora y en toda la historia. Y si tomamos este camino sólo encontraremos dolor, sufrimiento e insatisfacción. Nos daremos cuenta que hemos invertido nuestros días y nuestro tiempo para encontrarnos únicamente en ese mundo tras cuya fachada alucinante sólo vive la nada. Al final de ese camino emprendido, siempre se encuentra uno sólo consigo mismo, caído, sucio y agotado, debiendo de nuevo emprender sus pasos. Es del todo necesario aprender a vivir espiritualmente, a caminar por el sendero de la Luz.

## 4. El teatro espiritual.

La espiritualidad es tan bella que muchas veces se la desea, como se hace con las virtudes, por el adorno que proporciona. Mas si a la espiritualidad le falta la expresión exterior de la virtud, que todos pueden ver y que tantos admiran, muchos se turban y desesperan, y está claro que con ello pierden la esencia de la misma espiritualidad. En realidad, y es doloroso tener que decirlo pero es así, los seres humanos no tenemos que sorprendernos de vernos, desde el momento en que nacemos, sometidos al ego y llenos de deseos.

En la “normalidad” de nuestra vida cotidiana no nos damos cuenta que la humanidad está enferma, si bien por poco que reflexionemos veremos que cabe la posibilidad de vivir de una manera mucho más espiritual. Por desgracia, aunque nada es tan grande y tan noble como la espiritualidad nada es tan ridículo y tan bajo como la idea ignorante que se forman de ella muchos individuos que desean que se les tome por espirituales. La persona espiritual es lazo de unión y de paz en las familias, es amistad eterna y lleva en su interior la luz que ilumina el camino de la vida. La persona que es espiritual ama a Dios y es por completo enemiga de la superficialidad y de la frivolidad.

Hay cosas que parecen y otras que son. Distinguir perfectamente la apariencia de la esencia, la imagen de la moral, no es tarea fácil, pero sí provechosa. ¿Es posible diferenciar la crítica honesta de la vituperación maliciosa, la indignación de la ira, el desdén de la envidia? A estas actitudes las distingue únicamente la textura del alma, porque la acción es siempre mecánica y responde a una fuerza soberana que la anima. Así lo que en un ser humano íntegro es sana indignación, en el mezquino puede ser cólera impotente. Todo se reduce a un juego de intenciones.

Hay quien ofrece un serio espectáculo pretendiendo ser lo que no es. Condenándose a la hipocresía y a la mentira se enajena de sí mismo para entrar en un Universo ficticio, desconectado de su propia realidad y carente de toda consistencia. En el camino de la espiritualidad no es lícita la teatralidad ni la representación. Hay quienes se disfrazan y toman la máscara y las apariencias de la espiritualidad y del conocimiento, consiguiendo con este engaño pasar a los ojos del mundo por personas compasivas y santas. De esta forma descuidan sus deberes fundamentales y levantan un edificio sin cimientos. Aunque no siempre hay hipocresía y malicia en estos amañados, pues frecuentemente nacen debido a la falta de inteligencia, a los

desequilibrios emocionales y a un exceso de imaginación, todo ello mezclado con un deseo inmoderado de imitar a grandes “santos” o figuras espirituales. No ven estas personas que no es únicamente el hecho lo que verdaderamente importa, sino también el espíritu con que se realiza.

Una de las virtudes más dignas es la humildad. Algunas acciones realizadas por espíritus nobles con fines adecuados serían verdaderas locuras si las hiciéramos personas corrientes y, además, no animadas con el mismo espíritu. Es lamentable que algunos pretendan trazarse un método de vida como si vivieran en determinadas comunidades “religiosas” e imiten en todo a personas muy particulares y con formas de vida muy concretas.

La hipocresía religiosa es una falta muy grave. Este teatro espiritual, aún en aquellos casos en que se manifiesta inconscientemente y más bien con apariencias de mal hábito contraído que con deliberado ánimo de engañar, es algo inapropiado. La hipocresía espiritual es todo lo contrario de la sencillez. La afectación, la beatería ñoña, la tendencia a escandalizarse por cualquier nadería, el disimulo, y todo lo que suponga un formulismo hueco en la práctica de la espiritualidad, es inapropiado. Frente a esta duplicidad toda la severidad e inflexibilidad es poca. Nuestros pensamientos, sentimientos y actos deben ser siempre dignos de un espíritu noble y elevado. Ser una persona espiritual no consiste, ni mucho menos, en torcer el cuello, inclinar la cabeza y caminar afectadamente, sino que se fundamente en ser siempre conscientes y obrar de manera adecuada. Pocas cosas hay que hagan degenerar tanto la nobleza espiritual ni nada que haga tanto daño al camino de la Luz como el taimado disimulo. Las personas que se comportan con hipocresía se pierden en pensamientos maliciosos; para ellos la prudencia consiste en ocultar el propio corazón detrás de las maquinaciones y el pensamiento bajo el velo de las palabras engañosas. Esta es la prudencia que se enseña a los hombres y a las mujeres desde su juventud; se llama cortesía y educación a la perversidad del corazón, y se desprecia a aquellos que la ignoran. La persona espiritual es consciente, atenta y obra siempre de forma adecuada y justa. No obstante, el mundo deshonra esta sencillez del alma justa, y sus sabios llaman necedad a esta exquisita delicadeza de la virtud.

La hipocresía no puede aliarse con la espiritualidad. Muchos de los que se consideran espirituales poseen una prudencia extremadamente atenta y cuidadosa para las controversias, los honores, los rangos y para atesorar y, en definitiva, actúan movidos por deberes imaginarios, por un celo sofisticado y una cierta “espiritualidad” artificiosa. Bien lejos de ser sencillos, la mayor parte de las personas que se dicen espirituales no son sinceras, sino falsas y disimuladas con su prójimo, con ellas mismas y con Dios. El disimulo y la afectación son vistos como una equivocación por todos los corazones nobles,



porque tanto en el interior como en el exterior debe resplandecer en las personas la sinceridad. La espiritualidad debe ser inocente y franca, porque el camino espiritual es recto, de ninguna manera indefinido ni torcido. Por esta falta de franqueza y de naturalidad, por este amaneramiento, muchos que se dicen espirituales inspiran desconfianza, aunque no estén desprovistos de cierta virtud. La inocencia, la franqueza, la rectitud y la lealtad inteligente, en nada se oponen a la prudencia, sin la cual la virtud misma se convierte en vicio y se hace ridícula.

Para que todos nuestros pensamientos, sentimientos y actos estén realizados en Dios y con Dios, es necesario que no prescindamos nunca de la consciencia, del discernimiento, de la razón y del sentido común. Somos seres racionales y hay oscuridad e ignorancia en todo lo que se hace sin cabeza. En el camino espiritual todo es luz e inteligencia. Por eso resulta asombroso ver cómo pueden llamarse “maestros” o “guías” los que ni tan sólo han llegado al primer curso en prudencia y conocimiento puramente humanos.

Todas las cosas grandes tienen su origen en las cosas pequeñas de la misma forma que los granitos de arena forman la enorme extensión de los desiertos. En moral no se concibe la grandeza sin una humildad profundamente sentida. La espiritualidad se alimenta de pequeños actos, y cuanto más profundizamos en la espiritualidad más valor les damos a los pequeños actos y más fácilmente sacamos a la luz el móvil y el objeto verdadero de tales actos.

La espiritualidad no debe estar construida con actos heroicos ni con trabajos de gran envergadura. No se tiene que confundir la más elevada espiritualidad ni con prácticas exteriores ni con ejercicios interiores. La espiritualidad se fundamenta en ser conscientes y en obrar de forma adecuada. Ella hace a todas las personas humildes y pequeñas en los brazos de Dios a la vez que grandes y magnánimas para realizar lo que se debe hacer. Sólo la espiritualidad otorga sencillez y humildad, aunque hayan individuos que se digan a sí mismos espirituales y estén llenos de afectación y de deseos de exhibición.

Saber tratar los caprichos, las acciones y las maneras descorteses del prójimo, la renuncia a nuestras oscuras inclinaciones, la tarea que realizamos para vencer nuestras aversiones, el conocimiento de nuestras imperfecciones, el trabajo constante para mantener nuestra alma en un estado constante de limpieza y el amor hacia nuestra propia equivocación son grandes y bellas virtudes si contemplamos la vida con consciencia y con amor, aunque el hinchado orgullo de la humanidad no lo crea así.

Devoción sí, pero fariseísmo no. La espiritualidad es un asunto de dentro y de fuera, y no se debe que olvidar la importancia que tienen los dos aspectos. Hacer de nuestros actos el objetivo de la vida o hacerlo de nuestra vida interior señala inmadurez espiritual y es un indicio de un excesivo amor propio. Muchos parecen espirituales por la forma exterior que presentan, parecen rebosar humildad y sabiduría, aunque en realidad no viven espiritualmente. Cuando el camino espiritual se desequilibra porque se da más importancia a un aspecto que a otro se convierte en una práctica equivocada y puramente humana que es preciso tratar de forma inteligente y firme.

Estas personas aparentemente espirituales ofenden más a Dios con el corazón, con su disposición interior, que con sus obras. Después de haber abandonado ciertas costumbres groseras adquieren otras maliciosamente refinadas con lo que sus diferentes egos se fortalecen en su interior.

Empapados de conocimiento erudito aparecen por fuera como modelos de perfección espiritual. Sin embargo, suelen ser muy impresionables y muy celosos de su reputación espiritual, de modo que sus impurezas son más intensas que en otras personas que parecen menos espirituales. No es raro que la vanidad y el orgullo espiritual se escondan en el interior de quienes menos sospechamos y en la ceniza que queda de los antiguos egos.

La grandeza se encuentra en ser conscientes y obrar adecuadamente en la humildad de la vida cotidiana. Si bien las acciones que se realizan en ella deben tener como fin obrar en justicia, cumplir lo que se debe hacer, sin tener ningún otro motivo egoísta que acompañe a la acción. Si no se obra de una manera limpia la vida se reduce a un absurdo, la podríamos comparar entonces a árboles en flor que no llegan a dar fruto.

En religión, en política y en la apreciación de los valores en cualquier orden, los seres humanos difícilmente respetamos los límites que pone y señala la sabiduría. Nos comportamos como un mal jinete que con dificultades guarda el equilibrio y se mantiene sobre la silla. De la misma manera que rompemos casi todo lo que tocamos y desafinamos en tantas cosas, al recorrer el camino de Dios continuamente hacemos lo mismo. El camino espiritual lo recorreremos personas que ignoramos los valores eternos y nos encontramos poco evolucionados. Y, no importa cual sea nuestra categoría o distinción social, las personas poco evolucionadas nos equivocamos continuamente.

En su ignorancia, quienes son ambiciosos sufren en su ansia de perfección absoluta. Pero la perfección no es más que un sueño dorado que no es de esta



vida. Debemos usar el discernimiento y comprender la sana filosofía que nos dice que en toda creencia hay siempre de más y de menos, y que no todas las prácticas espirituales convienen a todos. Entre los individuos simples que tienen anhelos de perfeccionamiento existe una glotonería espiritual que multiplica hasta el exceso las prácticas. Esta avidez les impide tener en cuenta que siempre existe una diferencia entre las personas evolucionadas y las que no lo están, y esto hace que no las seleccionen ecuánimemente.

El invitado que asiste a una gran fiesta y ve ante sus ojos la variedad de alimentos y licores, sólo come y bebe lo que cree conveniente, sin criticar lo que comen y beben el resto de convidados ni murmurar sobre la esplendidez de quien los invita. Invitadas todas las almas al banquete espiritual, cada una debe escoger el camino que se ajuste a su forma de ser. Sin murmurar ni criticar lo que hagan otros, sabiendo que si nos entregamos a gran número de prácticas, de devociones y de obligaciones, se amortigua el espíritu de vida, se apaga el ánimo y se cae en una especie de avaricia espiritual en la que se amasa todo con la misma intención de quien se quiere enriquecer pronto. La humanidad no se da cuenta que la perfección no consiste sólo en las acciones que se realizan, sino también en la disposición interior del espíritu. Y es que todos los seres humanos, sin excepción, somos unos niños grandes que tenemos que trabajar para alcanzar la madurez, y sólo se llega a la mayoría de edad espiritual cuando el alma prácticamente ya es toda luz.

Cuanto más se avanza por el camino espiritual menos fórmulas se necesitan, por eso las almas evolucionadas no se apoyan en reglas, normas ni doctrinas, sino que son por completo libres. Y esto parece ser difícil de comprender, sobre todo a quienes a duras penas pueden alcanzar un ápice de luz.

La más elevada práctica espiritual consiste en ser conscientes y en obrar de forma justa y adecuada en todo. Sin embargo, el ser humano normalmente necesita de otras prácticas menos perfectas con el fin de prepararse. Aquí es muy necesaria la virtud de la templanza y de la moderación si se quieren evitar los desvaríos, pues puede haber mucha vanidad y vana complacencia en el culto que se tributa a los ejercicios prácticos, a las imágenes y a los objetos. La persona que es verdaderamente espiritual no coloca su devoción, su fe ni su fervor en las cosas visibles ni en las prácticas y no necesita ningún objeto o imagen. Si bien hay quienes parecen niños que tienen necesidad de juguetes.

Si un arquitecto se olvidara de la solidez y de la buena distribución de una edificación, y pusiera toda su atención en los adornos que dan belleza a los edificios, podríamos decir, acertadamente, que tal arquitecto se confunde y da

más importancia a lo secundario que a lo principal. Nadie puede negar que los arabescos, los estucados y las cornisas tienen su valor, pero también es cierto que estos adornos dañarían más que aprovecharían, por ejemplo, al levantar casas económicas. En los asuntos del espíritu es incalculable el daño que hace la ignorancia del orden de los valores pues, aunque todo lo que existe tiene su valor, debemos aprender a discernir lo esencial de lo secundario y lo mejor de lo bueno.

El plano que no perciben directamente los sentidos comunes y el mundo que normalmente se percibe brotan de la misma fuente, y en vez de enfrentarlos pensando en que algo es material o es espiritual es preferible pensar que todo proviene de Dios, que todo es Dios y que vivimos en Él, aunque debemos ordenar todas las cosas según su valor e importancia. La filosofía, la historia, los noticieros, la política, la economía, la bolsa, las nobles rivalidades entre pueblos, la vida social, la radio, la televisión, el cine, el teatro, los deportes, etc. no son cosas de las cuales una persona espiritual deba apartar siempre los ojos con horror y con asco. El iniciado en el camino sabe que la espiritualidad más elevada consiste en ser plenamente consciente y obrar adecuadamente en todas las circunstancias de la vida, y que el marco personal en el que se desenvuelve no es más que el escenario que le brinda la oportunidad de aprender a ser espiritual.

Los seres humanos podemos bien poco por nosotros mismos. Cuando tiramos una piedra sólo alcanza ésta unos pocos metros y al momento cae al suelo, donde antes estaba esperando que alguien la pisara. Aunque si es la mano de Dios, la misma que esparce las estrellas por el firmamento, la que tira la piedra, ya no hay quien la haga caer ni la desvíe de su órbita. De la misma manera, cuando la gracia divina se derrama sobre una persona, llenándola gratuitamente con dones naturales y sobrenaturales, con consuelos y con caricias, no sólo la reviste de luz y de claridad sino que la enciende con un fuego purificador y la baña de consuelo, de paz y de belleza. La empuja a amar y a hacer el bien. Dios mismo la impulsa y se vale de ella como instrumento para aplastar la maldad con la fuerza del bien.

En este profundo estado de amor y de conocimiento, el ser humano es feliz y hace felices a cuantos le rodean. Es un apoyo seguro para los que vacilan en sus caminos inciertos, es luz para los que caminan en las sombras de la ignorancia y de la duda y es fundamento para los que caminan por el sendero de la espiritualidad.

Es un espectáculo bellísimo ver a una persona espiritualmente desarrollada. La conversación y el trato con ella no cansa nunca, al contrario, produce gozo y alegría. Dueña de su espíritu y de su voluntad, se mueve en

una atmósfera de serenidad contra la que nada pueden hacer las necesidades físicas. Su consciencia se baña por completo en un océano de luz divina, su voluntad está definitivamente orientada hacia la bondad absoluta, su corazón se mueve por un solo amor y todo su ser se goza en Dios, en una paz tan completa que ya no puede vivirse nada mejor. Cuando se ha gustado una vez este bienestar interior todo otro placer se ensombrece, se vuelve pequeño y de ningún valor.

Pero por sublime que sea la imagen que presenta una persona espiritual esparciendo a su alrededor la felicidad interior que le inunda, es más hermoso verla luchando a brazo partido contra la adversidad que le asedia por todas partes. La vida de estas personas también está llena de trabajos, de dificultades y de tentaciones. Las contradicciones, las tristezas y las responsabilidades, también decoran la vida de estas sublimes personas. Con todo, el consuelo de la sabiduría les da aliento y dulzura.



## 5. El trabajo espiritual.

Vivir una vida espiritual significa trabajar y esforzarse. Si una persona no quiere trabajar ni esforzarse, si entiende la vida como una condición en la que puede encontrar el placer y no le incumbe ningún esfuerzo para ser consciente y obrar adecuadamente, si no tiene siempre en cuenta la finalidad última por la cual ha sido creado, tal persona se encuentra lejos del camino espiritual.

Asumir la tarea de investigar la vida y descubrir la verdad supone inquirir sobre la totalidad de la propia vida, significa investigarla completamente hasta el fin, ver, obrar adecuadamente y no limitarse a pensar que es demasiado difícil. Nada es demasiado difícil si se ve la necesidad de hacerlo y queremos hacerlo. La palabra “difícil” nos impide la acción, pero si podemos desechar esta palabra, entonces podremos investigar la verdad y la vida con todos sus complejos problemas.

El trabajo espiritual nunca queda sin resultados. Varias veces al día, aunque sea un momento o unos minutos, se debe tratar de encontrar dentro de uno mismo el punto de equilibrio, el centro divino. Este trabajo espiritual es, muchas veces, la única riqueza que se posee. Para andar el camino espiritual es preciso revisar periódicamente la propia vida. Diariamente, al acostarse es necesario repasar el día transcurrido, aunque en otras ocasiones, quizás aprovechando uno o varios días de retiro, es preciso realizar revisiones profundas y amplias en las que uno pueda darse cuenta de sus errores y poder, así, rectificarlos.

Con demasiada frecuencia, a causa de las actividades y de las preocupaciones con las que nos encontramos, nuestra vida tiende a tomar una dirección que nos aleja cada vez más de nuestro deber. Nos olvidamos que permanecemos sobre la Tierra poco tiempo, que tendremos que dejar aquí todas nuestras adquisiciones materiales, así como nuestros títulos y nuestra posición social. Esto todo el mundo lo sabe, pero todo el mundo lo olvida, y nosotros también nos dejamos arrastrar por los ejemplos que vemos a nuestro alrededor. Por eso es indispensable hacer de vez en cuando una pausa para mirar atrás, analizar la dirección que estamos tomando, las actividades en las que nos estamos enredando, y reflexionar para realizar lo que es esencial.

La evolución, que siempre es un proceso individual, es progresiva y requiere trabajo. Una persona no abandona todas sus creencias, sus hábitos y

sus costumbres sólo por comprender que hacerlo sería positivo para ella. No, ser consciente y obrar adecuadamente no es fácil, aunque a veces obtenemos victorias parciales. Y es ahí, en metas pequeñas pero accesibles, dónde es preciso actuar, sabiendo que no basta dar pasos que un día terminen por llevarnos hasta la meta, sino que cada paso es una meta, sin dejar por ello de ser un paso.

Se debe comprender la riqueza y la profundidad que se esconden en todas las dificultades. Al obrar no se tiene que hacer lo más fácil, sino lo adecuado. Si sufrimos y estamos tristes queremos que la situación acabe pronto, mientras que si somos felices queremos que dure eternamente. Sin embargo, este no es el camino. Cuando experimentamos una sensación agradable pero que no va a aportarnos ningún enriquecimiento interior, debemos disminuir su duración, incluso interrumpirla; y al contrario, cuando es preciso realizar un trabajo, tenemos que tratar de prolongarlo. Tenemos que trabajar en las propias dificultades, ver, comprender y asimilar todo el contenido de conocimiento que se nos ofrece a través de ellas, mientras que los placeres no sirven, frecuentemente, más que para debilitarnos y alejarnos de la verdad y del camino.

La vida espiritual no es toda claridad ni toda tinieblas sino más bien luz y sombras, cualidades y defectos, virtudes y flaquezas. Nuestra vida interior y nuestra voluntad ceden con demasiada frecuencia a las impresiones exteriores y a la propia imaginación, en contra del buen sentido y de la prudencia; con ello no hacemos más que perder la serenidad y el sosiego interior. No combatimos sistemáticamente a la imaginación. Ella tiene su valor e importancia en la vida, pero si se le sueltan las riendas entra en nuestra intimidad como un caballo desbocado.

Debemos saber que depende siempre de nosotros el aceptar una influencia; ni tan siquiera los espíritus del mal tienen poder sobre nosotros si nos cerramos a ellos. Evidentemente, si no tenemos discernimiento, si no sabemos protegernos y tomar precauciones, pueden arrastrarnos hasta el infierno. Ellos saben como deben tentarnos con toda clase de cebos y, si nos doblegamos, si mordemos el anzuelo, entonces caemos en la red. Después, suavemente, nos llevan a nuestra perdición. Dios les ha dado ese poder, aunque sólo pueden ejercerlo si somos débiles, si no permanecemos en la luz. Si nos negamos a dejarnos atraer en la dirección a la que quieren conducirnos y nos ponemos bajo la influencia de los espíritus luminosos, entonces nos alejamos de su influencia y dejan de tener ningún poder sobre nosotros.

Tenemos que aprender a valorar las posibilidades de nuestro mundo interno, pues es en nuestro mundo interno en el que estamos continuamente

sumergidos. Este mundo nos pertenece, donde quiera que vayamos, lo llevamos con nosotros y podemos contar con él, mientras que el mundo externo siempre nos reserva la tribulación. Si nos damos cuenta que necesitamos andar nuestro verdadero camino es preciso saber que podemos encontrarlo en nosotros mismos. El problema es que no nos conocemos, no sabemos todo lo que poseemos, todos nuestros tesoros, y nuestro conocimiento se pierde irremediabilmente en tesisuras inertes, sin sentido y de vana erudición. Debemos trabajar para sentir y utilizar todos nuestros recursos.

Son raros los que poseen el conocimiento suficiente para mantenerse firmes, serenos y dueños de sí mismos en su propio mundo interior. Estas pocas personas son conscientes y obran adecuadamente y, por eso, viven la calma en sus mentes y la paz en sus corazones. Quien camina por esta vida disperso, perdido entre lo que hay dentro y lo que hay fuera, no está nunca dentro de sí mismo. Frívolo y superficial, estudia y aprende las costumbres de los famosos de la actualidad, escucha y participa de las habladurías de todos los corros, colecciona chismorreos, analiza, intriga y derriba, si puede, todo cuanto está por encima suyo. Cuando un individuo de estas características quiere entrar dentro de sí retrocede espantado y sale enseguida porque allí ni habita nadie ni hay nada. Es una habitación sin muebles, sin luz, sin comodidad y sin aire. Por eso sale precipitadamente en busca de diversiones y corre tras las apariencias y las sombras de un mundo hecho a su imagen y semejanza. Cuando alguien inferior quiere recogerse dentro de sí mismo se siente prisionero, le falta la respiración, se ahoga y sale de sí en busca de entretenimiento y consuelo. Si bien luego tiene que confesar que después de las fiestas, las comidas y los placeres, la vida le parece aún más hueca y vacía, más llena de amargura y oscuridad. Es que el alma entera necesita encontrar su propio camino hacia sí misma.

Qué diferente es contemplar a la persona que dentro de sí misma encuentra todo lo que necesita. No hay nada más hermoso en el mundo que la vida de alguien realmente espiritual. Su corazón es una flor de pétalos tan variados como las virtudes que lo adornan, una flor perfumada por el soplo mismo de Dios que la balancea en un ambiente de libertad y de placer, como si la naturaleza se sintiera transplantada al paraíso terrenal. La sabiduría gobierna sus sentimientos, la inteligencia dirige la imaginación y ordena las impresiones recibidas. Esta es la maravilla de la persona justa y superior. No obstante, son muy pocas las almas que se dirigen sabiamente, y por eso son tan contadas las que disfrutan de la paz interior. El camino de la espiritualidad, por ser disciplinado y dar un valor adecuado a todas las cosas, siembra en el alma la semilla de la paz. Esta semilla es interior y nace por el orden y el equilibrio entre la mente y el corazón.

Ni la concha adherida a la roca se inquieta por el empuje del mar embravecido ni la hiedra enroscada en el tronco de un árbol se preocupa por el vendaval, aunque ella misma no pueda mantenerse en pie y tienda a arrastrarse por los suelos. Dios es la roca y el roble que sostiene las personas espirituales, pero quien que se aleja de Dios es como el sargazo que, sin raíces profundas, es llevado por los vaivenes de las olas y arrastrado de aquí para allá. El ser dueño de sí mismo no es otra cosa que “ser” conscientemente en todas las circunstancias y desarrollar todos movimientos del alma desde ese punto de luz que llamamos consciencia.

En nuestra vida no puede haber lucha ni contra las fuerzas del mal, ni contra el mundo, ni contra nuestra alma. Todo tiene su razón de ser en esta vida y sólo necesitamos ser conscientes y obrar de forma adecuada a cada situación. Sin embargo, para poder obrar en justicia nuestro interior debe ser equilibrio y orden. Y esta paz no la puede dar el mundo.

La espiritualidad consiste en ser consciente y obrar adecuadamente, y esto significa la unión de la totalidad del ser humano con Dios, desde aquello que se pueda llamar lo más interior e íntimo hasta lo más exterior. Es un respirar de Dios, un vivir en Él, con Él y para Él, porque nadie que posea un mínimo de inteligencia creerá que el camino de la espiritualidad consiste en un sistema de formas superficiales, un ceremonial y una justicia exclusivamente legal. Ser espiritual es amar a Dios más que a nuestros padres y hermanos, más que a nuestros bienes, posesiones y que a nosotros mismos; amarle con toda nuestra inteligencia, voluntad y corazón, y que este amor se materialice en las obras adecuadas que toda la Creación espera de nosotros. Todo acto fruto de la consciencia, al ser una exteriorización del amor interior, toma la forma de alguna virtud y acerca nuestra consciencia a Dios.

Vivir espiritualmente significa realizar acciones que son emprendidas por sí mismas, sin ningún otro interés, únicamente porque la consciencia, a través del conocimiento y del discernimiento, indica que son necesarias. También necesita que estas mismas acciones no busquen, ni siquiera indirectamente, el éxito, la ganancia o la utilidad.

Dios no se puede buscar, por la sencilla razón de que no se puede buscar lo que ya se tiene. Nuestro trabajo espiritual consiste en obrar siempre en justicia, y para ello necesitamos que Dios pueda surgir en nuestra consciencia. Una búsqueda de Dios es egoísta por sí misma, nos hace perder el sentido de la vida y todas las inmensas posibilidades que ésta nos ofrece.



Tampoco debemos buscar ni seguir un ideal para llegar a un final feliz, para alcanzar conseguir el objetivo que nos hemos propuesto. Si así lo hacemos el cumplimiento de toda nuestra vida dependerá de que alcancemos el objetivo o no. La búsqueda de algo indica que somos egoístas. Si buscamos algún fin condicionamos nuestras acciones y hace que éstas tengan sentido si conseguimos o no lo que buscamos. La búsqueda de algo nos convierte en unos explotadores. El primer plano lo toma nuestro interés y el segundo plano lo toman nuestras acciones, cuando en verdad, son las acciones que realizamos lo importante. Lo que verdaderamente tiene importancia y valor en nuestra vida son las acciones diarias y éstas no deben efectuarse, en absoluto, por el “objetivo final”. Ese “objetivo final”, si es que tienen alguno, sólo se podrá alcanzar por las acciones de cada día.

La acción que realizamos, aunque sea sencilla y cotidiana, debe llevar en sí misma todo el sentido de nuestra vida, y no la deberemos considerar como un escalón que tenemos que subir, sino que le tenemos que dar todo el valor que tiene un escalón sobre el que podemos edificar toda nuestra vida.



## 6. La alegría.

Muchos se imaginan la espiritualidad y el trabajo espiritual como algo fácil destinado a personas apocadas y que tienen siempre el rostro triste y afligido. Ignorantes de la vida espiritual creen que el corazón de las personas espirituales son cuevas oscuras en donde sólo hay soledad y oscuridad. Pero nada hay más lejos de la realidad. Los corazones de quienes viven espiritualmente y están enamorados de Dios son los parajes más deliciosos y alegres, tanto que nadie que no sea espiritual puede imaginar. Precisamente son los hombres y mujeres que no son espirituales los que son lúgubres y se parecen a las lechuzas, que sólo cantan en la noche.

Muchas personas, en su deseo de Dios y de “progreso espiritual”, hacen cosas realmente extravagantes y se castigan con privaciones desproporcionadas. Viven en un estado de negación al ver en el placer y en la belleza, en la libertad y en el respeto, a demonios malignos. No debemos separar el cielo de la Tierra pensando que todo aquí abajo es gris o malo, y que allí arriba reside la verdadera felicidad y lo bueno. El mundo “material” y el mundo “espiritual” son en realidad un solo mundo, creado por Dios. Los “cielos” y los “infiernos” únicamente están en nuestro interior.

Es totalmente legítimo gozar, y gozar de verdad, sin reservas ni miedos, de todas las cosas buenas que nos ofrece la vida. Es legítimo cogerse fuertemente a Dios con una mano y con la otra sujetar las bellas flores y los bellos frutos que Él mismo nos ofrece. Negarnos a satisfacer las apetencias del ego es una entrega, pero entregarnos a la negación es, con mucho, la peor de las entregas. Nos fuerza a creer que estamos haciendo algo valioso cuando, en realidad, sólo estamos fijos dentro de nosotros mismos.

La consciencia de unión constante con Dios y el ardor constante de su amor no son un obstáculo que impida a las personas espirituales aprovechar la ocasión más insignificante para gastar una broma, eso sí, una broma distinguida, alegre y edificante. En ninguna de estas personas está reñida la espiritualidad sincera con la simpatía y la alegría que siempre le acompañan. No negamos la necesidad de colocar la austeridad en el fondo de la misma espiritualidad, como un fundamento que prevenga y evite posibles extravíos, pero no es lo mismo la seriedad que la pesadez, la melancolía y la infelicidad de una personalidad amarga.

Si hablamos con alegría y con entusiasmo del amor de Dios, cuya presencia sentimos por todas partes, nos exponemos a que se nos tache de locos. Dios tiene flechas de amor con las que nos clava sus palabras de misericordia y de conocimiento en nuestro corazón, de manera que podríamos dudar de todo menos de lo que amamos y de que Dios vive en lo más íntimo de nuestro ser. Dios vive en lo más profundo de nuestro interior, más que nosotros mismos y al abrir nuestra consciencia a Él nos transmite su olor por toda nuestra vida. Oímos su voz y antes dudaríamos de nuestra existencia que de que le oímos y de que nos inunda de un sentimiento extraño y de una dulzura desconocida que, si la dejáramos crecer un poco, haría de nuestra vida algo muy distinto de lo que es. Porque el alma, cuando oye a Dios, escucha una música que resuena en su interior, en un silencio que no percibe el oído sino el alma. Dios ofrece, a las personas espirituales estas vivencias, y una vez que las experimentamos nos es imposible sentir nada más grato ni placer semejante.

Recibiendo de Dios el amor más puro, las personas que viven espiritualmente fluyen con la vida de una forma dichosa y alegre, y se hacen capaces de emprender trabajos que antes les parecían imposibles, tanto por la fuerza como por la inteligencia que requieren. ¡Qué distinto es el lenguaje enfermo en el que muchos individuos y muchas sectas envuelven la vida espiritual! Felices los que viven espiritualmente y aman a Dios como a una madre que los abraza, los alimenta y los lleva en el pecho; éstos no son muñecos piadosos sino auténticas personas espirituales. Estos seres evolucionados se distinguen por su espíritu de inteligencia, que es un don de Dios y lo mejor que puede haber en nosotros. Dios reúne en ellos el tesoro de la inteligencia y de la verdad, cuya fuente eterna es Dios mismo, ser infinito que no cabe dentro de nuestro pobre entendimiento.

Esta bella espiritualidad se ha transmitido a lo largo de los tiempos y resplandece en todas las personas verdaderamente elevadas. Éstas siempre están alegres, despreocupadas, inocentes, contemplando un bello porvenir sin remordimientos en la consciencia. Son almas serenas, que poseen una luz luminosa que brilla en sus rostros.

Para quienes carecen de la visión profunda de la naturaleza, la luz y el fuego en las personas les resultan imperceptibles. Como el pesimismo es hoy en día un mal muy extendido y cada uno tiende a aplicar el conocimiento según el colorido del propio carácter, es conveniente que dispongamos en nuestra alma de coloridos blancos, alegres y suaves. Evidentemente hay en el libro de la vida leyes muy severas para quien no quiera entender el lenguaje del amor. Sin embargo, las enseñanzas no hay que entenderlas de una manera fragmentada, sino en su totalidad. Un brillante reflejará la luz mientras se

mantiene íntegro. El mismo brillante desecho y pulverizado contendrá los mismos elementos químicos, la misma cantidad de materia, pero ya no reflejará la luz del sol. Es verdad que existen verdades muy severas, como por ejemplo aquellas que maldicen a los que no tienen entrañas de misericordia. No obstante, tras haber considerado estas verdades con el debido respeto, haremos mejor en escuchar las alegres promesas de recompensa que el camino de la vida depara para quienes viven espiritualmente.

También es verdad que innumerables veces debemos soportar el peso de nuestras propias caídas, de nuestros errores, pero es necesario perseverar pacientemente en nuestra tarea y encontrar la enseñanza que nos aporta nuestra equivocación. Ésta es la forma de andar hacia delante, cuando tropecemos y caigamos, levantarnos, aprender y seguir caminando.

Si alguien, ya sea por malicia o por error, hace algo inadecuado, se equivoca, tropieza y cae, debe levantarse, sin grandes gestos ni aspavientos y sin recrearse en pensar lo ignorante o malo que es. Nada refleja mejor lo que somos en realidad que nuestra tendencia a resbalar hacia la nada, toda la historia de la humanidad ha sido un resbalar constante hacia la nada más absoluta. Por eso, para poder curar el corazón enfermo de la humanidad, nos resulta tan necesaria la espiritualidad.

Lo que no está bien es vivir una “espiritualidad” limitada e ignorante, inspirada por el miedo al castigo. No tenemos que olvidar que los caminos de Dios son pacíficos y hermosos. No, la espiritualidad no es triste. Sería erróneo decir que quienes viven espiritualmente están tristes por ser espirituales. La alegría es una nota característica de las personas espirituales, por su carácter se parecen al sol, mientras que los necios tienen más fases que la luna. Pocos tienen siempre su propia alma en sus manos, pero esta cualidad es una alegría y un tesoro que todos estamos llamados a disfrutar.

La alegría rejuvenece y es salud, mientras que la tristeza y las emociones que induce el ego son gusanos roedores. Toda persona verdaderamente espiritual disfruta de buen humor y vive en un estado de alegría constante. Como si hubieran sido tocadas por la Gracia de Dios les salen resplandores de alegría hasta de la punta de los dedos, la contagian por donde quiera que pasan y dejan sus dulces huellas detrás de sí. En su presencia hay algo que las personas comunes no saben lo que es, como una influencia mágica que nos alegra el corazón, pues derraman luz por donde quiera que pasan. Nadie puede discutir a estos seres el derecho a exigir sacrificios, aunque no puedan presentar para ello otra acreditación que las que se basan en la razón y en la evidencia. Y no es entre las personas que se llaman “religiosas” o que

pertenecen a cualquier grupo doctrinario donde podemos encontrar esta elevada expresión de la espiritualidad. Los individuos “religiosos”, y que nadie se escandalice, sufren con demasiada frecuencia de tosquedad y de falta de consciencia e inteligencia, aunque no les falte cierta erudición, de modo que por una persona que hace atractiva la espiritualidad hay nueve que la hacen repulsiva. La alegría del corazón es una virtud que nace de la espiritualidad, es decir de la consciencia, del amor, de la serenidad interior y del obrar adecuadamente.

No tenemos que entregarnos a la tristeza porque la alegría es la vida del alma; la tristeza ha robado la vida a muchos y no es útil para nada. En realidad, los individuos extraviados y fanáticos son amargados que se han formado de la vida interior un concepto tan salvaje como triste. El mismo demonio, como un león rugiente, se lanza contra los espíritus, los ciega, los deprime y los tiraniza. La tristeza es un signo de las alucinaciones infernales, pues nadie recibe la luz de Dios sin experimentar enseguida un placer especial.

La alegría nos ayuda a abrimos a Dios y a la verdad y a tratar con los seres humanos sin sombras de tristeza y con verdadero amor. Dios, sabiduría y bondad infinitas, se comunica con nosotros como un amigo de rostro alegre y rebosante de afabilidad. Quien se siente habitualmente triste en las regiones más íntimas de su espíritu no ha experimentado el viento fresco de la eternidad. La paz espiritual es uno de los mayores bienes de la humanidad, es la tranquilidad del orden. Sin embargo, la paz que pueden vislumbrar quienes se encuentran poco evolucionados es una sombra en comparación con la paz interior que viven las personas espirituales.

Para permitir que surja la felicidad debemos poseer en todas las circunstancias de la vida una visión clara de la realidad y un corazón que ame obrando adecuadamente. Para ello es necesario conocernos a nosotros mismos y vivir en el presente, ahora.

## 7. Vivir en la Luz.

La persona más pobre en cosas exteriores puede ser la más rica interiormente. Sólo es necesario que viva espiritualmente y no se deje llevar por deseos insignificantes que no tienen ningún valor real. Aunque parezca incoherente, cuando Dios quiere hacer a una persona espiritual empieza por vaciarla, pero lo hace como quien saca de un bolso las monedas de cobre para llenarlo luego con monedas de oro. Dios le da la luz de la consciencia y la desprende de su egolatría, la deshinchacha de lujuria, soberbia y de vanidad y, cuando el egoísmo sale por la puerta de atrás, la consciencia y el amor entran por la puerta principal. Cuando el corazón se llena del amor de Dios se siente a la vez el más puro y más tierno amor humano. Si una persona espiritual, evolucionada y superior encontrara en su corazón una sola fibra que no perteneciera a Dios obraría inmediatamente de la manera más adecuada.

Dios ha creado tanto el cielo como la Tierra. Si bien muchas sectas dan un valor infinitamente menor a la Tierra que al cielo. Nunca insistiremos bastante en que no es lícito ni adecuado despreciar el valor de este mundo en favor de una dimensión que normalmente se desconoce. Las extravagancias no conducen a nada útil, y si hay terreno en el que puedan nacer con facilidad es en donde crece la “religión”. Por eso las personas espirituales no suelen chocar demasiado con los prejuicios de su época y se convierten así en los mayores bienhechores de la humanidad.

No se deben imitar las extravagancias, aunque las aconsejen determinadas personas. El buen sentido dice que no se tienen que pretender capacidades extrasensoriales ni carismas especiales, que Dios concede a quien quiere y como quiere, sino que cada uno debe tratar por todas sus fuerzas de ser plenamente conscientes en todos los momentos de su vida, obrar siempre en justicia y permitir así que nazca una virtud fuerte y flexible como el acero, sólida como el granito, valerosa y digna de un soldado espiritual. Pero además amable, simpática y atrayente como todas las cosas bellas y buenas.

Es un gran error imaginarse que fuera de los muros de los monasterios pertenecientes a las diferentes sectas todo es mundo, egoísmo y deseos materiales, y que dentro de ellos todo es cielo, amor y bienestar. No se debe considerar ni elogiar tanto a las comunidades religiosas ni a los lugares destinados a la oración o a la meditación, ni pensar que éste género de vida no tiene sus grandes inconvenientes y miserias. Muchos alaban esa forma de

vida y seducen a otras con sus palabras, pero pronto se descubre la verdad de las cosas y entonces llega el desengaño y, muchas veces, la amargura.

Es necesario tener un concepto claro, una idea lo más exacta posible de lo que debe ser la persona espiritual. Una persona espiritual es aquella que vive de la manera más consciente que le permiten sus facultades y obra siempre de la manera más adecuada. Aunque sin un corazón lleno del amor de Dios toda “espiritualidad” se vuelve estéril y deslucida, se convierte en negación y en hipocresía, daña más que aprovecha, fracasa y acaba por hundirse en la corrupción.

La espiritualidad tiene muchas formas de concretarse en la vida cotidiana, pero no todas sus formas convienen por igual a todas las personas. Cada uno debe adoptar inteligentemente la forma objetiva que sea conforme a su vocación y a sus circunstancias. La espiritualidad no consiste en el cumplimiento riguroso de ciertas normas, “el hábito no hace al monje”.

Es un gran error pensar o decir que la vida espiritual es incompatible con la vida del militar, con la habilidad del diplomático, con las ceremonias del cortesano, con los sudores del trabajador o con las intimidades de la familia. La espiritualidad debe iluminar, como lo hacen los rayos del sol, tanto los palacios de los reyes como los hogares más humildes.

La espiritualidad no consiste en la austeridad de los alimentos, ni en la sencillez o elegancia de los vestidos, ni en lo religiosa que pueda parecer alguien, ni en lo cuantioso de las limosnas que se puedan dar, ni siquiera, aunque suene a paradoja, en la frecuencia de las visitas y retiros a los lugares de oración y meditación. La espiritualidad consiste en ser conscientes y en obrar de forma adecuada. Todo lo demás es accesorio y superficial. Si alguien concibiera de otra forma la espiritualidad, además de concebirla de un modo imperfecto, se haría ridículo y dejaría de obrar todo lo adecuadamente que debiera.

Este error es más frecuente de lo que se podría imaginar, y causa verdaderos estragos en medio de las personas que no saben distinguir entre la verdadera espiritualidad, que es una subida a las cumbres más altas de la nobleza y de la perfección humana, y el tumor maligno y egoísta que suele crecer en el interior de la mística y de la religión. Vivir espiritualmente supone permanecer en un estado interior de consciencia y de amor plenos que se concreta en obras adecuadas; consciencia, amor y obras que vienen de Dios y que son el fundamento de toda virtud. Con esto no pretendemos condenar, muy al contrario, algunas formas de vida y algunos procedimientos que cada persona debe practicar según su vocación personal.



Las mayores dificultades se llevan en el interior. Todas nuestras obras, sin el espíritu de Dios, son como la nada de una cueva oscura, pero extraviarnos en planos internos supuestamente “espirituales” también significa perderse. La espiritualidad que se reduce a experiencias interiores se hunde y las obras sin consciencia ni conocimiento provocan injusticias.

Existen personas espirituales, llenas de amor y virtuosas, en medio del ambiente frívolo del mundo. Ellas se conservan limpias e intachables, se semejan a aquellos insectos que vuelan alrededor de la llama y no se queman nunca. Si bien lo más normal es que se encuentren, tanto en los individuos como en los grupos que éstos forman, tumores espirituales que intentan devorar el alma. Estos son los diferentes egos, como la envidia, la lujuria o la ira, que anidan en su interior. Sin embargo, ni tenemos que permitir que sucedan ocasiones peligrosas en las que puedan vencernos estos egos, ni es lícito seguir a estas impurezas del alma cuando surjan en nosotros, de ningún modo. Un miembro gangrenado debe cercenarse, un cáncer o se extirpa o acaba con el enfermo. De la misma manera en que hay casos en los que la cirugía es una verdadera necesidad, así también hay que extirpar del alma, con firmeza y sin contemplaciones, todos estos monstruos, y la única forma de eliminarlos es dejar de alimentarlos.